

su totalidad de un nuevo organismo que en el siglo XIV fue adquiriendo una configuración cada vez más caracterizada: la secretaría del papa, que nació en el seno de la Cámara Apostólica. Su estilo es más sencillo que las bulas ordinarias, menos recargado de hojarasca jurídica. En su redacción o en su expedición el papa intervenía de una manera más personal que en las bulas despachadas por la Cancillería. Para su elaboración y registro el pontífice se servía de un reducido equipo de personas de su confianza, capaces de trabajar con rapidez y secreto. Los asuntos más delicados pasaban por sus manos: unos eran financieros, otros políticos.

Se trataba ante todo de allegar recursos para la reconquista de los Estados Pontificios emprendida por el cardenal Gil de Albornoz. A tal fin se echa mano de todos los expedientes inventados o desarrollados por los papas de Aviñón: espolios, vacantes, censo feudal, procuraciones, composiciones y subsidio caritativo. Se trataba también de aceptar o rechazar, según las conveniencias del momento, a los candidatos propuestos por los reyes o los cabildos para las sedes episcopales. Se trataba asimismo de hacer entrar en razón a Pedro I el Cruel, que había violado gravemente la santidad del matrimonio cristiano; de promover una cruzada más o menos fantástica; de conseguir la libertad de Carlos II el Malo de Navarra, preso en Francia; de los infantes mallorquines Fernando, Jaime e Isabel, presos en Aragón y del obispo de Sigüenza, preso en Castilla; de restablecer la paz entre los príncipes de la península y sus vecinos y rivales, y de frenar sus ansias expansionistas.

De estos y otros muchos temas nos hablan las 460 piezas documentales que edita con maestría don José Zunzunegui. La temática será todavía más rica en las súplicas elevadas a Inocencio VI, que el mismo A. tiene ya recogidas, tal vez en prensa. Como es habitual en las obras publicadas por el Instituto Español de Historia Eclesiástica de Roma, el volumen está dotado de un índice completo de personas y lugares.

En el prólogo el A. describe los diversos fondos del siglo XIV que se conservan en el Archivo Vaticano: los Registros Vaticanos, los Registros Avinoneses, los Registros de súplicas, los fondos de la Cámara Apostólica los *Instrumenta miscellanea* y los documentos del Castillo de Sant'Angelo. Describe igualmente los organismos de donde proceden: la Cancillería pontificia y la Cámara Apostólica, con las instituciones que nacieron junto a ellas: los referendarios y los secretarios, respectivamente. Y, por último, expone la normas que ha seguido en su edición. El A. puede sentirse satisfecho de esta nueva aportación a la historia de la Iglesia.

J. GOÑI GAZTAMBIDE

J. JOLIVET, *Arts du langage et théologie chez Abélard* (Etudes de philosophie médiévale, LVII), Paris, Librairie philosophique J. Vrin, 6, Place de la Sorbonne, Ve, 1969. — 250 × 162 mm. — 390 págs.

Se analiza en este libro un aspecto realmente importante del pensamiento de Abelardo, no abordado aún por los especialistas —ni en sí

mismo ni suficientemente—, a pesar de los múltiples trabajos, de conjunto o en detalle, aparecidos últimamente en torno a la figura del profesor de Paris, el *peripateticus latinus*, como le llamaban sus contemporáneos. El tema que se estudia aquí es precisamente el que se refiere al método abelardino; es decir, el espíritu según el cual Abelardo concibe y enseña las artes del “trivium” y las hace intervenir en la elaboración de la ciencia teológica. A la vez que el método de Abelardo, se estudian también la filosofía de su lógica y la naturaleza de su teología. Son estos tres aspectos que se implican mutuamente y que son depositarios del sentido de la obra abelardiana.

Jolivet conoce bien al personaje aquí estudiado. En la misma fecha de 1969 publicaba en la colección “Philosophes de tous les temps” una obra, más breve, que lleva por título: *Abélard ou la philosophie dans le langage. Présentation, choix de textes, bibliographie*, en la que se evoca, a lo largo de los primeros capítulos, la vida agitada de Abelardo, para resumir, en los restantes, el contenido de la doctrina, ciñéndose particularmente a la dialéctica. Anteriormente había publicado otros ensayos también sobre Abelardo.

Puede decirse que la duración de la escuela de Abelardo fue realmente corta; no llegó ni siquiera a finales del siglo XII. Sin embargo, el método introducido y practicado por el profesor de El Paráclito no pereció con la desaparición de su escuela, sino que quedó definitivamente incorporado a la actividad escolar. Abelardo viene considerado, con razón, como uno de los iniciadores del método escolástico y como un filósofo auténtico. En el campo de la lógica eclipsó a los demás maestros de su época, llegando a evocar, por el renombre adquirido, al mismo Aristóteles. En el campo de la ciencia sagrada fue también un innovador que se sitúa en los albores mismos de la escolástica. El libro de Jolivet es una demostración de todo esto.

Para realizar su objetivo, estudia el autor las obras de lógica de Abelardo y también aquellas obras de teología en las que las disciplinas del lenguaje juegan un papel importante; son particularmente el prólogo del *Sic et non* y las tres teologías. De estas últimas se tiene en cuenta aquellos temas en los que, tal como los estudió Abelardo, se da una influencia del dialéctico sobre el teólogo, y se prescinde de aquellos otros donde tal influencia falta. Respecto a la lógica, se procede de una manera muy parecida, aunque aparentemente inversa. Puesto que se pretende determinar la filosofía que implica la obra lógica, se deja de lado lo que ésta tiene de más formal, que es, a su vez, menos personal. Así, por ejemplo, no se insiste en enumerar las figuras del silogismo y los lugares de la argumentación tópica; en cambio, se precisa lo más posible la manera según la cual Abelardo o pone y compara los principios del silogismo y de la argumentación.

El libro de Jolivet nos lleva a descubrir un principio unificador para la comprensión de la obra de Abelardo, insistiendo sobre el papel capital que juegan en el pensamiento de este autor la concepción de las artes del lenguaje y su utilización. Es decir, las artes del lenguaje estructuran e inspiran el pensamiento de Abelardo, en lo que éste tiene de original, de un extremo al otro de su obra. Los resultados del libro están en armo-

nía con la imagen del Abelardo que la erudición moderna ha ido reconstruyendo poco a poco para eliminar, a veces, la imagen menos exacta que aun perduraba en el siglo pasado.

En la conclusión trata el autor de buscar en los textos, más allá de la letra, el centro vital de la filosofía de Abelardo, en torno al cual se organiza su pensamiento y la percepción primera de las cosas. Se basa para este último trabajo en los estudios ya publicados.

Las investigaciones llevadas a cabo por Jolivet permiten establecer una idea precisa del pensamiento de Abelardo dentro de su propio contexto y demuestran el papel importante que este maestro desempeñó, con sus enseñanzas y sus libros, en el desarrollo de la lógica y de la teología. Son, además, una aportación muy valiosa para un mejor conocimiento del siglo XII teológico y filosófico.

H. SANTIAGO-OTERO

D. E. LUSCOMBE, *The School of Peter Abelard* (Cambridge Studies in Medieval Life and Thought; Second Series, vol. 14), Cambridge University Press, 1969. — 220 × 140 mm. — XIII + 360 págs.

En el siglo XII teológico la figura de Pedro Abelardo (1079?-1142) adquiere un puesto de particular relieve. Con él la cátedra de París eclipsó definitivamente a las demás escuelas teológicas. Su influencia no se limitó a su tiempo; fue más allá del grupo de teólogos que se profesaban discípulos suyos. Ni los concilios de Soissons y de Sens ni las intervenciones del Abad de Claraval y de Guillermo de Saint-Thierry lograron destruir el recuerdo y evitar la influencia doctrinal del gran profesor de El Paráclito, de la Montaña de Santa Genoveva y de Notre Dame, y uno de los principales creadores de la sistematización teológica.

Sin embargo, el conflicto Abelardo-san Bernardo, uno de los más violentos entre hombres de Iglesia, no ha dejado indiferente al observador, incluso de nuestros días; lo que ha llevado a veces, a interpretaciones erróneas e impedido valorar debidamente al profesor de París. Felizmente, en los últimos años se han abandonado los juicios severos contra Abelardo y sus discípulos. Dom J. Leclercq se felicita de que la crítica moderna se presente, cada vez menos, bajo la forma de elección entre los dos personajes.

Corresponde a H. Denifle el haber iniciado la revisión y rehabilitación de Abelardo, al descubrir una interesante escuela de filiación abelardina (cfr. "Arch. Liter. Kirch. Mittelal." 1 [1885] 402-469, 585-624). Desde entonces, una serie de estudios han contribuido al movimiento de rehabilitación del condenado de Sens; lo que ha hecho posible la aparición de algunas obras de conjunto sobre Abelardo y su escuela.

Una de las más completas y objetivas, de que actualmente disponemos, es, sin duda, la que ha realizado Luscombe, que es, además, un estudio sobre la evolución del movimiento teológico a lo largo de la primera mitad del siglo XII. En esta publicación se da cuenta no sólo de la significación de Abelardo y sus discípulos en los comienzos de la Escolástica, sino que éstos, al mismo tiempo, vienen estudiados en relación con